

MIÉRCOLES DE CENIZA

1ª lectura (Joel 2, 12-18): *Convertíos a mí de corazón.*

Salmo (50, 3-4.5-6a.12-13.14 y 17): *«Misericordia, Señor: hemos pecado»*

2ª lectura (2ª Corintios 5, 20 – 6, 2): *Reconciliémonos con Dios.*

Evangelio (Mateo 6, 1-6.16-18): *Tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará.*

La Cuaresma, antiguamente, comenzaba el domingo, pero como en el “rito latino”, los domingos nunca se han considerado días penitenciales, para completar el número sagrado de cuarenta días se añadieron cuatro días; Así como la imposición de la ceniza, en su inicio, estaba reservado únicamente a los penitentes públicos, que habían de ser reconciliados por Pascua, posteriormente pasó a todos los fieles. Comenzamos pues con este rito, este miércoles, el tiempo de Cuaresma.

La Cuaresma es sobre todo un itinerario catecumenal. Sólo desde la clave de la celebración de los *Sacramentos de la Iniciación*, ya sean recibidos (catecúmenos) o renovados (fieles) en la Noche de Pascua, se comprende el guion de la disposición de la Liturgia: Leccionario y salmos para este tiempo, realmente fuerte. Toda la pastoral de la Cuaresma debe ordenarse primordialmente a una recuperación de la conciencia bautismal de los creyentes y a su pertenencia a la Iglesia, como comunidad. Como se ha dicho muchas veces, la Cuaresma sin Pascua no tendría sentido: *«El tiempo de Cuaresma prepara a los fieles, entregados más intensamente a oír la Palabra de Dios y a la oración, para que celebren el Misterio Pascual, sobre todo mediante el recuerdo o la preparación del Bautismo y mediante la penitencia; dese particular relieve en la Liturgia y en la catequesis litúrgica al doble carácter de dicho tiempo»* (*Sacrosanctus Concilium* 109).

Esto marca también un itinerario penitencial: conversión personal y comunitaria, que se expresa en el arduo esfuerzo del ayuno, de la limosna y de la oración, como nos invita el Señor. Cuaresma es un tiempo de penitencia gozosa. Convertirse al Señor es siempre una alegría. Una conversión que se debe pedir como un don. La conversión es siempre un don, nunca el resultado de un esfuerzo voluntarista: *«Conviértenos a ti, Señor y seremos convertidos»* (*Lumen Gentium* 5,21). En nuestra humanidad marcada por el pecado debe emerger la humanidad nueva que nace del Bautismo, sellada por la Confirmación, alimentada por la Eucaristía y reconciliada por la Penitencia. Todo ello bajo el signo eclesial. Tanto para los fieles como para los pastores. La vida cristiana y eclesial empieza siempre con el don de la conversión que es la manifestación del Espíritu Santo.

La dimensión eclesial no puede dejarse de lado. No es cada uno, sino toda la Iglesia concretada en cada lugar o comunidad parroquial quien, tomando conciencia de sí, se convierte al Señor y quiere vivir en profunda unión: *«Toda la Iglesia, a manera de navío, se pone en rumbo hacia el puerto de la Pascua. Uno no se convierte solo, sino con los hermanos, ayudándose mutuamente y orando unos por otros»* (*San Juan Crisóstomo*). La dimensión social; el servicio y la preocupación para los pobres y marginados está incluida en la liturgia cuaresmal, forma parte de su esencia. El amor a los hermanos es lo que acentúa la dimensión de caridad y solidaridad con los más pobres. Esto es lo que determina fundamentalmente el ayuno cuaresmal.

«Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres». Así inicia Jesús sus palabras en este día. Pero ¿a qué se refiere exactamente Jesús con el término “*vuestra justicia*”? En el evangelio de Mateo esta es una expresión típica que hace referencia al cumplimiento de la voluntad de Dios. Entonces sí, entonces entenderemos que el Señor nos está pidiendo que cuando intentemos vivir nuestra condición de cristianos lo hagamos con sencillez, con humildad, sin buscar ningún reconocimiento humano, nos ha de bastar el de Dios.

A continuación, Jesús detalla tres prácticas conocidas en el judaísmo de su tiempo como medios que ayudaban al judío creyente a entrar en comunión con Dios: **el ayuno, la oración y la limosna**. Ninguno de estos tres caminos ha dejado de tener sentido para nosotros hoy. Es cierto que no son los únicos caminos para llegar hasta Dios, pero sí son caminos que nos ayudan a salir de nosotros mismos y prestar más atención a Dios y al prójimo. Quizá en nuestros tiempos modernos sea el ayuno el camino que menos entendemos. El ayuno de alimentos tendría un sentido plenamente evangélico si el dinero que ahorráramos al privarnos de algún alimento lo pudiéramos convertir en una limosna para ayudar a los más necesitados. También hay otras modalidades de ayuno que nos pueden hacer bien: ayunar de nuestras críticas, nuestros juicios, nuestros egoísmos... La limosna siempre será necesaria porque siempre habrá muchos semejantes nuestros que estén sufriendo. Y nada de lo anterior tendría sentido sino es por un deseo de convertir nuestro corazón para llegar a Dios, deseo que ha de nacer de una vida intensa de oración. El orden en este caso es importante, la oración primero, ella puede ser el motor para todo lo demás.

Estos caminos que nos propone Jesús en el evangelio no son exclusivos. Como hemos dicho, puede haber otros. Pero sean cuales sean, nunca debemos olvidar que la intención con que hagamos las cosas sí que cuenta. Lo repite Jesús las tres veces que comenta cada una de estas prácticas cuaresmales: humildad y sencillez. No se trata de dar limosna y esperar que nos aplaudan por ello. Sí, con esa limosna habrás hecho un bien a alguien, pero la actitud con la que la has dado también cuenta. Jesús nos invita a que siempre que hagamos el bien, una obra buena, lo hagamos por amor a Dios y nos busquemos ningún reconocimiento.